

mártres la Vida de los Santos que hay en la biblioteca del convento, y hallé que al día siguiente, 21, se celebraba la fiesta de Santa Juana de Chantal, cuya vida, aunque conocida ya por mí, volví á leer con ansia. Había tambien en el calendario otros santos, particularmente la Beata Adelinda, abadesa de un monasterio de canónigas nobles de Suabia, y Santa Euprepia, humilde criada mártir.

Harto fué lo que me interesó la vida de aquellas dos santas, tan distintas en cuanto la condicion social que tuvieron acá abajo, pero tan admirablemente reunidas en el reino de la gloria eterna. Adelinda fué mujer de gran corazon, que habiendo perdido á la vez á su esposo y á su hijo, quienes murieron con las armas en la mano combatiendo contra el invasor de su patria, recogió sus cadáveres, y en el lugar mismo donde los sepultó, fundó aquel monasterio que hasta última hora gobernó ella misma, y al cual estaba agregado un colegio para la educacion de las jóvenes de la nobleza. Euprepia, de condicion humilde, era criada de Santa Hilaria, madre de Santa Afra, mártir; y como velaba en compañía de Hilaria el sepulcro donde ésta había sepultado á su hija Afra, apoderáronse de ella y de otras tres criadas los perseguidores, y entregaron á las cuatro santas mujeres á las llamas. ¿No es verdaderamente hermosa aquella abnegacion de las modestas hijas del pueblo, que querian participar de la suerte que le tocara llevar á su ama? La hoguera que se encendió para Euprepia me hizo recordar la de Juana de Arco.

En la noche le volví á pedir á María. Había sido para mí horrorosa la del día anterior. Segura estaba yo de que tan horribles pesadillas no podían ser obra más que del demonio, y elevaba y redoblaba mis fervientes súplicas á Aquella que quebrantó la cabeza de la serpiente.

— ¡Dulce Madre! le decía. Bien sabéis cuánto os amo! ¡Libradme de estas persecuciones del Maldito!

Poco despues me quedé dormida.

Ninguna pesadilla diabólica tuve en aquella noche, sino por el contrario, un sueño maravillosamente hermoso.

Iba entre los libros que me llevé al convento el de Juan Kostka, intitulado: *Lucifer démasqué* (Lucifer desenmascarado); obra admirable por su estilo, por la profunda sabiduría con que fué escrita, por los arrebatos místicos que produce y por el fondo de verdad que encierra. Devoré las páginas de tan hermoso libro, leyendo y volviendo á leer, entre otros, el capítulo *Noctium Phantasmata*.

¡Oh! ¡Cuánta razon tiene el autor al decir que no todo lo que sucede en los sueños es natural! Sí; Lucifer se aprovecha del sueño para invadir nuestra imaginacion, y Juan Kostka trae á cuento muchos de los sueños luciferianos que tuvo, en los que llegó á presentársele el Demonio en figura de Jesucristo mismo, para alejarle de la Iglesia!..

Hay, empero, sueños divinos que Dios envía, y alumbran el entendimiento.

En el que yo tuve durante la noche del miércoles 20 al miércoles 21, me veía sentada en un sillón sufriendo todavía las consecuencias de una enfermedad grave que acababa de pasar; pero no estaba yo en morada alguna, sino debajo de un árbol y en medio de un valle cuyos dilatados límites se perdían de vista. La noche estaba encima, pues ya el sol se había ocultado tras del horizonte.

Ví por de pronto aparecer unas nubes blancas y espesas que echaban delante de sí otras también espesas, pero negras; oí el rolar del trueno, y rasgándose una de las nubes blancas, apareció un anciano de barba igualmente blanca, á tiempo que una voz pronunció á mi oído este nombre: «Samuel.»

El anciano me miró un momento, y me dijo:

—¡La paz sea contigo!... ¡Crée!... El Mesías murió por salvar, mediante la fé, al hombre!... Jesus mismo instituyó su Iglesia... Por consiguiente, ella es pozo de la verdad eterna!... Bebe con abundancia en las aguas vivas de la fé... No creer hoy, sería desmerecer, hija mía... ¡La paz sea contigo, la salvacion eterna para tí, si crees!... ¡Crée, hija mía, crée!

Pero á poco se retiró la nube en cuyo seno apareció el anciano, dando paso á otra, densa y blanca también, la cual se abrió, y ví en su centro á tres mujeres de semblante dulce y con resplandeciente aureola en la cabeza, que me sonreían y me señalaban el cielo.

La misma voz que ántes, murmuró esta vez á

mi oído los nombres de aquellas tres mujeres, que eran: Santa Juana de Chantal, Santa Euprepia y Santa Adelinda.

La primera de ellas me dijo:

—Dios único en tres personas... Un solo Dios con ubicuidad... Cada una de las tres personas, ubicuidad también... ¡Adora á la Santísima Trinidad!...

La segunda, que traía palma en la mano, me dijo:

—Mateo, genealogía de José... Lucas, genealogía de Maria... Helí, es Joaquin... Da gracias á la Virgen de las vírgenes, Madre de Dios!...

La tercera me dijo:

—La verdad es una... Trinidad, Encarnacion, Eucaristía; todo lo que es divino se mantiene firme y no constituye más que una verdad sola, que es la verdad eterna...

Y despues de contemplarme detenidamente con una mirada llena de bondad, ocultáronse en la nube las tres santas, sin cesar de echar adelante las nubes blancas á las nubes negras.

Pasó despues á corta distancia una de las blancas, de las más densas, que se rasgó como las anteriores, dejando ver un fondo de reluciente plata, en el cual había un altar mayor de iglesia con el Santísimo Sacramento manifiesto.

Al pié del altar veíase postrado un sacerdote vestido de capa. Entónces me arrodillé todavía en sueños y contemplé con amor la blanca hostia que

se veía en el centro de los rayos de oro de la custodia.

Y murmuré:

—¡Oh Dios mío! Vos leéis en el fondo de mi alma. Todo mi corazón es vuestro, y Vos no lo dudáis... Yo os adoro, creyéndoois verdaderamente presente bajo esas místicas especies... Creo, sí, que el amor infinito que tenéis á vuestra creatura os hizo instituir el augusto Sacramento de la Eucaristía para poder seguir viviendo entre los hombres, por quienes derramásteis en la Cruz vuestra preciosa sangre... Pero ¡oh Dios mío! Vos sabéis lo que todavía me hace vacilar para creer en la transustanciación... Comprendo que estéis oculto bajo los accidentes de pan y vino; pero transformáis realmente en ese pan y ese vino vuestro divino cuerpo y vuestra sangre? ¿Será posible esto, á pesar de los criminales atentados que se cometen contra la santa Eucaristía? ¡Ay, ay! que nada son junto á otras las profanaciones que con el puñal se cometen contra la sagrada hostia!... ¡Oh Dios mío! dadme completa fé, porque tengo ansia de poseeros, de ser vuestro templo vivo!

Al ir concluyendo yo con voz débil estas expresiones, púsose en pie el sacerdote, tomó la custodia y levantándola arriba de la cabeza se volvió á mí y me mostró el Santísimo Sacramento.

Entónces tuve ocasión de ver y examinar detenidamente al ministro del Señor. Era un eclesiástico cuya fisonomía se me quedó perfectamente: anciano, robusto, de salud vigorosa y de un sem-

blante impregnado en la dulzura más atractiva. Al tiempo de levantar la hostia la contemplaba con una expresión de ferviente amor.

Preguntábame yo á mí misma quién era aquel anciano; pero ningún nombre murmuró á mi oído la misteriosa voz.

Por fin, el ministro de Dios bajó los ojos y los fijó en mí con una mirada de ánimo y benevolencia, y me dijo:

—El mismo Jesucristo Nuestro Señor, Hijo de Dios, y Dios como El, instituyó en favor de los hombres el augusto Sacramento de la Eucaristía... ¡Crée en él!...

Inmediatamente oí las notas de un concierto el más armonioso, una sinfonía magnífica, ideal. Me atreveré á decirlo?... Creo haber oído en aquel delicioso sueño la música de los ángeles.

Desde las primeras notas se apoderó de mí una emoción indefinible. Era aquello una serenata divina, de una serenidad exquisita, inalterable, y de una sensibilidad ardiente, de un encanto arrebatador. No hay palabras con que expresar el efecto de semejantes combinaciones de sonidos que impresionaban, que cautivaban y que jamás ha escuchado ningún oído humano.

Circulaban desde la primera nota hasta la última los acentos, ¡y qué acentos! de aquel coro angelical, en un arrullo de períodos suaves. Eran los querubines y los serafines que expresaban, ora con una gracia sencilla y elegante, ora con un rumor incomparable, con un aire sublime y majestuoso

toda la grandeza, toda la magnificencia de su amor al Criador.

Había en aquellas modulaciones, adornadas con una melodía de las más ricas, revestidas con una armonía sobresaliente; había en aquel robusto y variado conjunto de efectos á la vez confusos y encantadores, había, digo, bajo el aliento de una inspiración sobrenatural, el ideal de un arte que es uno de los esplendores del más allá, la expresión suprema del genio celestial. Acentos maravillosos, lengua de santos asáz hermosa para que la pudieran usar los hombres, aquella música era la expansión armoniosa y más completa de los sentimientos de adoración de los ángeles que gozan en la eternidad la dicha de contemplar á Dios.

No, el estilo más florido no podría hallar una frase capaz de describir el estado de una alma en el momento en que por un sentimiento instintivo que vibra bajo la acción del sueño divino, distingue los acordes de una sinfonía como aquella.

Y en medio de tan delicioso concierto, ví cómo fueron apareciendo y rodeando unos ángeles al dichoso eclesiástico que sostenía con las manos la custodia, y arrebatándole suavemente le transportaron en sus alas hácia el cielo sin cesar de escucharse todavía el eco de las arpas invisibles.

Con esto concluyó mi sueño, al cual no siguió ninguna pesadilla atormentadora, y desde entonces hasta el día en que escribo, son mis noches de una perfecta tranquilidad. ¿Habré quedado defi-

nitivamente libre de aquellas horrorosas y diabólicas obsesiones? Así me complazco en esperarlo, y por ello me encomiendo todavía á las oraciones de mis nuevos amigos. Mas si Dios permite que siga yo sufriendo, hágase su santísima voluntad! ¿Qué importan los tormentos cuando tengo ya la fé?

¡Noche bendita, dichoso despertar mío el de la mañana aquella! Por fin, había yo conseguido ya la fé entera que tanto había deseado y tanto había pedido; por fin, podía yo decir ya sin restricciones de ninguna especie: «¡Creo!»

Las últimas nubes de mis dudas se acababan de disipar. ¡Loado sea Dios! Desde luégo era ya inútil la consulta que me había propuesto hacer, y no tenía yo más que rasgar la exposición de mis tales dudas. Debo, sin embargo, manifestarlas; que lo que es ahora no hay temor de hacer vacilar la fé de los fieles que me leen.

La primera dificultad que me había ocurrido era concerniente al misterio de la Santísima Trinidad. Tres Dioses, tres personas distintas, no formando más que un solo y único Dios. . . . esto lo quería creer pero no podía. Trabajaba todavía Satán. Ahora bien, en este punto su propia impostura fué la que venció al demonio. Dios permitió la primera creencia que tuve en los dogmas del Paladismo, á fin de que fuese ahora mi fé en la divina Trinidad Una, más firme, más poderosa, más inquebrantable quizás que si hubiese yo sido cristiana desde que nací.

Efectivamente, el sistema de la doble divinidad no admite la ubicuidad, en atención á que presenta á sus dos principios eternos como enemigos, como combatiéndose entre sí hasta el extremo. El error está en suponer la existencia de dos dioses contrarios; pero es evidente que con este error no se pueda admitir que cada uno de esos dos dioses tenga el goce completo y absoluto de la inmensidad infinita, que esté á la vez en todas partes, que llene el universo de sí mismo; es la lógica en el error. Racionalmente hay que negar en tal sistema á cada uno de los dos principios eternos, aquella ubicuidad que, por el contrario, es en la tésis de un solo Dios, absolutamente natural y facilísima de comprender.

Desde el primer momento de mi conversión eché abajo en mi pensamiento la base fundamental del Paladismo. No, Lucifer no es Dios, me dije; Lucifer es el arcángel caído; Lucifer no es más que Satán. Y no me atrevía á ir más lejos en este terreno del hecho de la única divinidad. Comprendía yo que fuera Dios el Padre; comprendía que fuera Dios el Hijo; comprendía que fuera Dios el Espíritu Santo; pero desorientábame esta afirmación que veía en el catecismo. «Cada una de las tres Personas es Dios, y sin embargo, no hay más que un solo Dios.»

Ahora conozco que el catecismo dice la verdad, como conozco también que es verdad cuanto enseña la santa Iglesia. Hoy aparece luminosa para mi entendimiento la razón de ser del divino

misterio de la Trinidad, misterio razonable, precisamente por ser divino. Es muy cierto que cada una de las tres Personas de la Santísima Trinidad tiene una existencia eterna propia, una personalidad distinta, y que las manifestaciones de cada una de ellas son distintas, perfectamente distintas en sus obras conocidas, son indiscutibles. Y todas las obras divinas emanan de un mismo plan y concurren á un mismo fin. Las tres divinas Personas de la verdadera religión no están en pugna, sino que cada una tiene consiguientemente la ubicuidad; es decir, goza de la posesión completa de lo infinito; el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo están, pues, cada uno de ellos todo en todo. Y yo, una vez que abjuré el Paladismo, yo proclamo que lejos de ser opuesto á la razón, es el misterio de la Santísima Trinidad la razón misma ¡Creo! ¡Creo!

La segunda de mis dificultades era de lo más angustiosa. En la Redención contemplaba yo uno de los más sublimes actos de la infinita bondad de Dios; pero tal parecíame que en nada habría desmerecido ese acto con que el glorioso San José hubiese sido instrumento del Espíritu Santo en el misterio de la Encarnación. Satán que odia á la Virgen María hasta el más alto grado, enturbiaba todavía en este punto mi fé naciente, y él, el Maldito, era quien me hacía sacar de la genealogía de Cristo, tal cual se describe en el Evangelio de San Mateo, conclusiones que si bien no menguaban mi amor y mi respeto hácia la Madre

de Dios, eran contrarias á lo que la Iglesia infalible enseña.

Sábía yo por la educacion luciferiana que recibí, que hay ciertos pasajes del Evangelio en los que se trata de los hermanos y hermanas de Jesus: pasajes que han sido explotados con gran perfidia. Desde el primer día de mi conversion deseché la interpretacion impía que se me había enseñado á dar á esos pasajes. Efectivamente, hermanos y hermanas no son palabras que signifiquen rigurosamente hijos é hijas del mismo padre ó de la misma madre, sino que en todo tiempo se ha dado en familia ese título de hermano ó hermana para mejor significar el afecto emanado de un parentesco cercano; y áun sin parentesco de ninguna especie, es muy comun el uso de ese mismo calificativo.

Tampoco me había de llamar ahora la atencion el de «primogénito,» que emplea el evangelista San Mateo para designar á Jesucristo (cap I, v. 25): porque en muchos pueblos, particularmente entre los hebreos, con ese título se inscribía por lo regular al hijo, fuese ó no único, por corresponderle en razon de ese título derechos y obligaciones que la ley le confería previendo el caso posible de que nacieran otros hijos. Por lo demás, el versículo de San Mateo, que acabo de citar, que es menester leer por completo y del cual no había de ser leal no tomar más que una palabra, es terminante para establecer por él que José fué únicamente padre putativo de Jesus.

Por tanto, no era de allí de donde procedía mi perplejidad.

Sin vacilar, me decía yo á mí misma que nada más comprensible que la Encarnacion del Mesías, Hijo de Dios, mediante la accion directa y por lo mismo completamente pura del Espíritu Santo. Dios puede hacer todo lo que le plazca, sin lo cual no sería Dios; y habiendo querido nacer El de una mujer escogida entre todas las mujeres é inmaculada desde su concepcion, es evidente que Dios mismo encarnó, recibiendo en su seno María al Espíritu Santo. ¡Misterio insondable para el grosero entendimiento humano, pero resplandeciente de lógica para el alma piadosa de sentimientos elevados!

Hé aquí, pues, lo que me atormentaba:

Parecíame como imposible admitir íntegro el Evangelio, sin hallar en él contradicciones con relacion á la genealogía de Cristo.

Y me decía yo:—Dios prometió á Abraham que de su raza nacería el Mesías, promesa que le renovó á David. Por otra parte, San Mateo puso el mayor cuidado en fijar toda la descendencia desde Abraham hasta José. Luego, infería yo, humanamente José fué el padre de Jesus; ó de lo contrario, Dios habría faltado á su promesa, lo cual no sería posible.

Añádase á esto, que creyendo ver una contradiccion, en cuanto á la genealogía, entre San Mateo y San Lucas, hacía yo á un lado el cuadro de descendencia formado por este último.

Y véase cuánta no era la perfidia de Satanás! El, él era quien me infundía esta idea:—«Nunca has de honrar á San José como lo merece; él y María, ante el pesebre del niño Jesus, son iguales; él es el padre del divino Redentor, como María es su Madre.»

De modo que impresionada yo de semejante modo, rendía á San José una veneracion sin límites, veneracion que poco á poco fué creciendo á un grado tal que harto cuidado tuve de no hacer de ella la menor alusion en mis *Memorias*, comprendiendo que así descubriría yo el secreto de mi corazon y llenaría de pesar á los católicos, al lado de los cuales acababa yo de llegar.

Furioso con mi separacion del Paladismo, trataba Satán de recobrar su presa, sugiriéndome so color de una piedad á San José enteramente nueva una herejía de las más monstruosas. Ah! no quería dejarme creer en la virginidad de la Madre de Dios! Ese, y no otro, era el objeto que se proponía. Pero sabía perfectamente que jamás había de llegar á él repitiéndome las infamias volterianas; porque yo respetaba, porque yo veneraba, porque yo amaba á María como á la mejor madre como á la mujer más santa. Entonces fué cuando me empujó hasta la duda, exagerando mi amor á San José y presentándomele como igual á María en la tierra y en el cielo.

Cuán bueno es Dios!... Veía mi sufrimiento y mi turbacion, y envió á la virgen mártir Euprepia para que me ilustrara el entendimiento y di-

sipara las densas nubes que el Demonio había amontonado en él, á fin de estorbarme la vision clara y limpia de la verdad.

Desde entónces se desvaneció el error. Hoy veo ya, y estoy cierta de ello, veo que ninguna tradicion hay entre San Lúcas y San Mateo, puesto que el primero enseña la genealogía de María, y el segundo la de José. En David se divide en dos ramas el árbol de la descendencia: Helí, suegro de José, no es otro que San Joaquin; esto es evidente; y Dios hizo dos veces su promesa á los patriarcas, dado que el Mesías tuvo por madre á María, descendiente de David por Nathan hasta Helí-Joaquín, y por padre legal á José, descendiente de David por Salomón hasta Jacob, suegro de la Santísima Virgen.

¡Gloria, pues, á María, Virgen inmaculada! ¡Gloria á la Reina del Cielo, á la más pura de las Vírgenes, á Aquella que ni la mancha del pecado original contrajol... ¡Oh! Sí, vírgen fué y es siempre y por siempre; vírgen en su maternidad, Madre de Nuestro Señor Jesucristo, su primogénito (1), y Madre de todos nosotros los católicos, hijos suyos tambien, sus «secundogénitos» (2)!... ¡Y maldicion para tí, ¡oh Satán! para tí, que ruges de odio contra el inefable dogma de la materni-

(1) Entiéndase bien el sentido metafórico de esta palabra, por el completo de la presente frase.—*N. T.*

(2) Ni aun el término *secund-nés*, del original francés, nos era conocido, y no hemos tenido inconveniente para traducirle como se ve en el texto, por hallarle bastante significativo.—*N. T.*

dad virginal de María; para tí, que inspiraste tantos cismas y herejías; para tí, sér inmundo que quisiera manchar con su impotente baba la corona de la más hermosa de las virgindades! . . .

La tercera de mis dificultades me atormentaba, me desgarraba el corazón.

Progresivamente había yo llegado á creer en la presencia real, pero formándome una idea falsa de ella. El 13 de Junio, cuando asistí por primera vez al santo sacrificio de la Misa, pedile en mi oracion á Jesus que me concediera la gracia de creer en la Eucaristía. «¡Oh mi buen Jesus, Cordero sin mancha! le decía yo. Haced que crea que estais presente en la blanca hostia que levanta el sacerdote hasta el cielo!» Y pronto me cupo esta felicidad.

Pero en el juicio que me había formado, comprendía que Jesucristo estuviera presente en cuerpo, alma, sangre y divinidad en la hostia que se expone en el altar para la adoracion de los fieles; mas no podía creer que tambien lo estuviera en el pan con que se administra la Comunión.

Sin embargo, tenía yo hambre de comulgar y deseaba sentir la misma felicidad que los cristianos de corazón puro, á quienes se admitía á la santa Mesa.—Si todos los que se acercan á comulgar fuesen buenos, pensaba yo, creería sí, en la constante presencia real; pero ¡ay! algo peor conozco que las comuniones indignas: conozco las profanaciones de los sectarios, y ¡qué profanaciones!!

Flotaba miéntras tanto indeciso mi espíritu en la más horrible duda. Amo á Jesus tanto desde que renuncié á Lucifer, tanto y tanto le amo, que no tendría yo palabras con que expresarlo . . .

En cuanto á las comuniones sacrílegas, veía yo su condenación en las palabras del Apóstol San Pablo á los Corintios: "Quien quiera que coma este pan y beba la copa del Señor indignamente, será culpable del cuerpo y de la sangre del Señor. Por tanto, pruébese el hombre á sí mismo, y en seguida coma de este pan y beba de esta copa; porque el que le come y la bebe indignamente, come y bebe su propia condenacion, no distinguiendo el cuerpo del Señor."

Yo me explicaba así estas palabras.—El que comulga sin haber purificado su alma con el sacramento de la penitencia; el que trata á su Dios como trataría su ordinario alimento, ese tal se incorpora su propio juicio y se hace acreedor á un castigo terrible.—Ninguna disculpa veía yo para un criminal de esa clase, ni me movía tampoco á compasion; pero consideraba el desprecio que á Dios se hacía tan á continuacion de la ofensa!

Pero no simplemente desprecio, odio es lo que los sectarios tienen á Jesus en gran número de sublogias y en todos los triángulos, y ese odio se manifiesta principalmente con las puñaladas que descargan sobre la divina Eucaristía. ¡Ved ahí el crimen del Gólgota renovado con ferocidad!

Entónces me preguntaba:—¿Será posible que de

tal suerte se entregue Dios en manos de nuevos verdugos? Si está consumada ya la obra de la Redencion, ¿resultó la cruz del Calvario no ser bastante?

Y, lamentando siempre semejantes crímenes, en cuya ejecucion juro el no haber tenido jamás participacion alguna, llegaba hasta explicarme la paciencia de Dios para tolerarlos, sí, pero sintiéndome confundida. ¡Es tan bueno Dios! pensaba. El instituyó la Eucaristía para el bien de los fieles, exponiéndose á nuevos ultrajes de sus enemigos; para no privar á los justos de los goces del divino banquete, prefiere ser golpeado, martirizado por los peores criminales de este siglo, como en otro tiempo lo fué por los judíos.

Mas no se crea que las profanaciones por medio del puñal son la única manera como se demuestra el odio paladista contra el Cristo. Otras hay que indignan, de las cuales llegué á tener noticia cierta cuando supe que, á escondidas de mí, bien conocida por ser enteramente opuesta á ellas, se introducían y extendían las prácticas de la misa negra, y queriendo entónces ponerme á calcular la extension del mal: entónces, también, llamaba yo simple despropósito, ignoble y estúpida locura, á unas profanaciones como aquellas, de las cuales no diré palabra por no permitírmelo mi pudor.

Hay todavía otras: una sobre todo, á la cual ninguna importancia concedía yo en aquel tiempo en que, luciferiana á mi modo, no creía en la

eficacia de la consagracion de la hostia hecha por el sacerdote católico; en aquel tiempo en que veía—¡perdóneseme que lo diga!—en que veía en el pan eucarístico un simple trozo de pan. La profanacion á que me refiero es la que más me espanta desde mi conversion.

El Dr. Bataille refirió ya las escenas de salvajismo que tienen lugar en los triángulos, y mostró á mis ex-Hermanos y ex-Hermanas arrojándose rabiosos contra las sagradas Especies para apuñalearlas. Dijo asimismo lo de aquellas cajas, invencion del H.: Hobbs, en las cuales se encierra y mantiene aprensado un fragmento de hostia, desgarrado por las puntas de aguja de que está erizado un corcho. Triste, pero exacta, es la verdad que dijo. Invento diabólico, han llegado á ser esos aparatos de uso comun y corriente en el Paladismo; todos los paladistas los traen consigo lo mismo en los triángulos que en las lóginas y aun fuera de los talleres, como talisman, como joya masónica ó no masónica, como pudieran cargar un simple fistol de corbata. Pero todo eso pertenece á la categoría de las profanaciones de rábia sin más allá.

Sin duda el Dr. Bataille ignoraba cómo cierta rival de la Sofia se atrevió á juntar con el odio el desprecio al más augusto de los sacramentos, pues apenas si habló de la H.: Dorotea S***, de Berlin, gran maestro de las Mopsas del Perpetuo Silencio.

¡Dios mío! tiemblo sólo de pensar ahora en ta-

maña perversidad! Aquel inaudito crimen fué el que por entero me trastornó hasta morir de dolor, desde que adquirí la fé.

Cierto es que los judíos azotaron, atormentaron y crucificaron á Jesus; que le taladraron con clavos las manos y los piés; que asimismo le taladraron con espinas su divina cabeza lastimándole aquellos ojos tan animados por el amor, y que el hierro de la lanza penetró en su adorable cuerpo. Empero no entregaron los judíos como pasto á los animales ese adorable Cuerpo del buen Maestro.

En cambio, Dorotea S***, que posee un par de perros daneses, cuando puede proveerse de sagradas Especies, Dorotea se las da á los perros..... ¡La Eucaristía, el Cuerpo vivo de Jesucristo, dado á comer á los perros!..... ¡No! ¡Esto es altamente horrible! ¡Ved ahí la más abominable de las profanaciones!.....

Eso fué lo que por mucho tiempo me hizo estar dudando de la presencia real en la hostia destinada á las comuniones. Esa fué la dificultad que me atormentaba el corazon, este corazon que ama al divino Maestro con todo el ardor de una fe devoradora, este corazon todo de Jesus.

¿Comprendeis ya mis vacilaciones, mis incertidumbres, mis sufrimientos?...

Por fin, ahora me siento reanimada, consolándome con la idea de que no se me tratará con rigor por mis vacilaciones, si se atiende á la causa que las producía.

Mi primer error estuvo en creer que en el Sacramento de la Eucaristía permanecía la sustancia de pan después de la consagración, y que ella misma servía como de un velo al Cuerpo del divino Maestro. Ese error era el que me obligaba á hacerme este raciocino, fundado en mi amor á Jesus: Jesus está oculto allí en la hostia expuesta á la adoracion de los fieles; pero solamente allí. Despues me hacía yo este otro, igualmente falso: Jesus penetra con el pan consagrado en el cuerpo del que comulga con buena disposicion, á quien colma de beneficios, y, ¡ay! en el cuerpo tambien del que comulga mal, en donde sufre con lo indigno de semejante templo, si bien reservándose castigar el sacrilegio; pero se separa de la hostia que los sectarios apuñaLEAN, no dejándoles más que el pan.

Y aunque después llegué á creer en la transustanciacion, fué esto siempre abrigando una opinion confusa. Sí, me decía yo; la sustancia de pan desaparece á virtud de las palabras sacramentales pronunciadas por el sacerdote, y se cambia en Cuerpo y Sangre de Jesucristo con su alma y con su divinidad; no quedando del pan más que las apariencias, ó sea la forma, el color y el sabor. Pero entonces me espantaba el recuerdo de las profanaciones de Dorotea S***, y tan pronto rechazaba yo, como volvía á aceptar el dogma de la transustanciacion.

Dí en esto un paso decisivo hácia la verdad con haber sabido que el Sacramento subsiste